

¿CATECISMO O EVANGELIO?

Enrique Martínez Lozano, Teruel 12 enero 2015.

Este texto nace a raíz de algunas experiencias recientes vividas en encuentros con personas religiosas (católicas), que me habían pedido abordar el estudio de la figura de Jesús.

En tales encuentros, se me ha ido haciendo cada vez más clara la *dificultad que supone acercarse con limpieza a Jesús cuando se ha internalizado su imagen a través del catecismo aprendido*. Y he podido constatar hasta qué punto *el catecismo ha sustituido al evangelio* y eso se ha convertido, en la práctica, en un obstáculo para acoger el mensaje de Jesús, por un doble motivo: porque *el catecismo transforma la novedad del evangelio en doctrina anquilosada* y porque *tal doctrina resulta cada vez más difícil de asumir* desde la sensibilidad que acompaña a nuestro momento histórico.

En este escrito, quiero ofrecer algunas claves acerca de:

- la trampa (inconsciente) que ha *reducido el evangelio al catecismo* aprendido;
- las *consecuencias* de la misma;
- la comprensión de la figura de *Jesús, más allá de la religión y de la Iglesia*, lo cual está en plena sintonía con nuestro momento cultural y lo que parece ser el horizonte futuro: una espiritualidad trans-religiosa;
- la capacidad de *acoger la figura de Jesús, desde el modelo no-dual de conocer*, desde ahí, todo se modifica; también lo relativo al modo de entender la llamada “divinidad” de Jesús y las afirmaciones dogmáticas acuñadas a partir del concilio de Nicea (del año 325).

Soy consciente de que los católicos dan por supuesta una identidad fundamental entre evangelio y catecismo, hasta el punto de que les puede resultar extraño incluso el hecho mismo de que sea puesta en cuestión. Sin embargo, quizás sea bueno verlo con un poco de detenimiento, sin dar nada por supuesto.

En esos encuentros recientes a los que me refería, algunos participantes expresaron que tenían que rechazar lo escuchado porque “querían defender el catolicismo”, y les parecía que el Jesús del que yo hablaba no era el Jesús “católico”. En un lenguaje más preciso, yo entendí que el *criterio* para descalificar lo que había expresado en el curso, acerca de la figura de Jesús, era lo que habían aprendido en el catecismo.

Y aquí es donde, a mi modo de ver, radica la trampa: *el Jesús que ha llegado hasta la inmensa mayoría de los cristianos es una imagen filtrada, adaptada, reducida y, literalmente, “domesticada”, por obra y gracia del catecismo*.

Todos los estudios serios sobre la figura de Jesús ponen en evidencia que el Jesús histórico tiene poco que ver con el Jesús del que se habla en el catecismo. Pero esto no debería sorprender: mientras Jesús fue un crítico implacable de la religión y de la autoridad religiosa, *el catecismo no nace del evangelio, sino de la proyección de la mente religiosa, que imagina a un Dios a nuestra imagen y semejanza.*

Durante la existencia histórica del Maestro de Nazaret, se planteó un *conflicto entre el Dios de la religión y el Dios que Jesús anunciaba.* Como suele ocurrir, el poder salió aparentemente victorioso y el Dios de la religión terminó asesinando al Jesús de Dios.

O dicho de otro modo: el catecismo presenta a un Dios “previsible”, acorde con las categorías de nuestra mente proyectiva; por el contrario, tal como escribiera Dietrich Bonhoeffer, *“el Dios que se revela en Jesús pone del revés todo lo que el hombre religioso espera de Dios”.*

En el caso cristiano, la mente proyectiva se sirvió, primero, del *genio religioso de Pablo* –que convirtió en “religión” el mensaje sencillo y sabio de Jesús- y, más tarde, de las *categorías de la filosofía griega* –que habría de ser la matriz donde se gestaran los grandes dogmas del cristianismo-.

Como resultado “natural” de todo ese proceso, se produjo una *divinización, apropiación y domesticación de la figura de Jesús* que, de ser un judío sabio, un hombre profundamente espiritual (humano), portador de un mensaje universal de sabiduría y crítico de la religión, a través de una propuesta radicalmente subversiva, fue presentado como fundador de una religión más y, supuestamente, de la iglesia cristiana, tal como hoy la conocemos.

Una vez producido el cambio, la visión de la teología (del catecismo) habría de convertirse, lógicamente, en el criterio último acerca de todo lo que podía decirse o no sobre la figura de Jesús. Todo aquello que no repitiera literalmente los dogmas cristológicos y que no asumiera la “imagen” de Jesús que había filtrado esa misma teología (y catecismo) quedaba automáticamente descalificado.

Otra consecuencia no menor de aquella confusión es la que se palpa en la confesión de no pocas personas consagradas que reconocen haber sido *adoctrinadas, pero no evangelizadas.* Eso es exactamente lo que ocurre: el catecismo adoctrina y fomenta una religiosidad observante, basada en el cumplimiento, pero no lleva a conectar vitalmente con lo que fueron las actitudes profundamente humanas de Jesús.

Todo ello, como decía, es *consecuencia de haber absolutizado la teología heredada y el catecismo aprendido.* Sin embargo, si se toma un mínimo de distancia de éste, basta una aproximación simple al evangelio para constatar como evidente el *contraste palpable entre los contenidos de uno y de otro.*

Sabiendo cómo funciona la mente humana y el papel que juegan las creencias, sobre todo dentro de una institución poderosa y autoritaria, no es difícil concluir que si no se percibió antes aquella disonancia fue debido, sencillamente, al

mecanismo por el que los seres humanos tendemos a *identificarnos* con aquello que creemos.

Con todo, si bien es cierto que el contraste entre catecismo y evangelio es evidente para cualquier lector atento, en nuestro actual momento histórico nos encontramos con *dos elementos que facilitan una comprensión mayor*.

En primer lugar, la nueva sensibilidad cultural parece percibir que estaríamos asistiendo al *inicio del ocaso de las grandes religiones teístas*. Nacidas en un momento histórico determinado –dentro de un nivel de consciencia mítico y en una sociedad caracterizada por un fixismo rígido–, no solo se revelan en “disonancia” con un nivel de consciencia más ampliado, sino incluso –en su forma tradicional– resultan irrelevantes en esta sociedad tecnológica avanzada y en constante innovación y cambio.

Nadie duda de que, en una historia de luces y de sombras –como todo lo humano–, han aportado riqueza a la humanidad en su devenir histórico: fundamentalmente han motivado y desarrollado la personalización –al hablar de un Dios “personal”– y han potenciado la dimensión ética del comportamiento humano desde la exigencia de “imitar” a un Dios bueno.

Sin embargo, parecen acumularse evidencias de que nos hallaríamos en un proceso de *transformación* o metamorfosis de lo religioso, a resultas de la cual *la religión sería trascendida en la forma de una espiritualidad no dogmática, universal, inclusiva y no-dual*.

El *segundo factor* que favorece una aproximación más “limpia” a la figura de Jesús es el *giro copernicano en nuestro modo de conocer*, que constituye una de las mayores revoluciones a las que estamos asistiendo: se trata del paso del modelo mental de conocer al *modelo no-dual* (o “conocimiento silencioso”, del que los sabios y místicos de todas las tradiciones han dado siempre testimonio).

Ambos factores abren, de una forma espléndida y luminosa, nuestra percepción del Maestro de Nazaret al acercarnos a un Jesús más allá de las religiones, no “religioso” ni “católico” y, al mismo tiempo, *“espejo” límpido de aquella misma y única identidad que todos compartimos*.

Si el engaño primero y radical en que se basa el modelo mental es la creencia de que todo está separado de todo –y sobre esa creencia errónea se articuló la creencia dogmática en Jesús como un Dios separado–, el modelo no-dual nos permite percibir el equívoco y nos abre a reconocer la no-separación, la interrelación de todo en una admirable unidad dentro de las diferencias. Jesús deja de verse como un ser separado para ser comprendido como aquel *hombre sabio que “vio” y vivió lo que somos todos*.

Desde esta nueva perspectiva, la imagen de Jesús que presentan los dogmas, *la teología clásica o el catecismo resulta de una pobreza raquífica*, desfigura su rostro y vacía de contenido su mensaje, hasta convertirlo en una creencia rutinaria para consumo exclusivo de quienes han decidido creer en él.

Llegados a este punto, toca vivir el respeto hacia los otros y el cuestionamiento lúcido hacia uno mismo.

Con frecuencia, en los ambientes católicos, al cuestionar la imagen de Jesús aprendida en el catecismo, se producen malestares e incluso

“escándalos”. Ante esta primera reacción la autoridad religiosa se posiciona en defensa de quienes discrepan, porque también ella comparte la misma imagen de Jesús.

Es llamativo, sin embargo, que la descalificación tome una forma “autoritaria”. Es decir, no se aportan argumentos de valor; son, sencillamente, de autoridad: “el catecismo no puede ser cuestionado”.

Es significativa también la actitud que subyace: *no se sabe bien si lo que interesa es conocer limpiamente a Jesús...* o, más bien, fortalecer las creencias que ya se tenían acerca de él y “defender el catolicismo”.

Llama igualmente la atención la insistencia en hablar de un Jesús “católico”, sin caer en la cuenta de que esa misma denominación está ya dando por supuesta una “apropiación” y “domesticación” de la figura del Maestro de Nazaret absolutamente indebida.

En resumen, pareciera como si lo que realmente interesara no fuera un conocimiento real de Jesús, sino demostrar que Jesús es tal como ellos lo creen y que, además, es “nuestro”.

Frente a ello, hoy parece incontestable históricamente que *Jesús no fundó la Iglesia ni tampoco creó una nueva religión* –su mensaje no coincide con la doctrina “católica”–, sino que ofreció y vivió un mensaje de sabiduría que, con frecuencia, la misma religión que dice fundamentarse en él ha encorsetado y empobrecido, convirtiéndolo en una creencia rutinaria y alejada de la vida.

Soy consciente de que, ante estas afirmaciones, el católico suele argüir repitiendo aquellas palabras que el evangelio de Mateo pone en boca de Jesús, dirigiéndose a Simón: “*Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*” (Mt 16,18).

Sin embargo, para la exégesis más rigurosa, tales palabras –exclusivas de Mateo– no pertenecerían a Jesús, sino que recogerían el sentir de la comunidad del propio evangelista; comunidad que reconocía a Pedro como figura legitimadora. La segunda parte de la afirmación –nacida también dentro de aquella comunidad y referida a ella misma– no puede ser sino una expresión de deseos. Mal que le pese a nuestra mente y por más frustrante que resulte para la necesidad de seguridad de nuestro ego, todas las formas son impermanentes y, por tanto, transitorias: *la Iglesia también pasará*. Lo único que permanece es *Aquello* que es y que, por ello mismo, somos.

¿Y el catolicismo? Constituye sin duda una imponente construcción religiosa, que ha aportado innegables riquezas de humanidad a la vez que ha generado mucho sufrimiento.

Ha tratado de dar respuesta al misterio del existir –eso es una religión–, en unas determinadas coordenadas espaciotemporales. Ése es su mérito y su límite. Como “mapa” que ofrece pistas para entrar en el “territorio”, es válido y legítimo, dentro de los límites de todo lo humano. El problema surge cuando el mapa se absolutiza y se erige en criterio último de verdad: entonces la religión se hace indigesta y peligrosa.

El catolicismo se absolutiza y hace daño –como cualquier otra religión– cuando piensa que con él ha llegado el “culmen” de la verdad y que cualquier otra doctrina debe juzgarse a su luz. O cuando se considera como la “religión definitiva”, sin advertir que *esa misma creencia lo único que revela es el nivel de consciencia mítico de quien la sostiene*. Como cualquier otra forma histórica, también el catolicismo será superado y trascendido.

En una homilía reciente (31 de diciembre de 2014), el papa Francisco – que, por otra parte, tanto está haciendo por “volver” al evangelio– expresaba lo siguiente: *“Sin la Iglesia, Jesucristo queda reducido a una idea, una moral, un sentimiento. Sin la Iglesia, nuestra relación con Cristo estaría a merced de nuestra imaginación, de nuestras interpretaciones, de nuestro estado de ánimo”*.

Me parece que esa frase –una de las más desafortunadas que le he oído al actual papa, y que se inscribe dentro de la teología más conservadora y etnocéntrica (eclesiocéntrica)- no solo no hace justicia a la realidad, sino que encierra un engaño peligroso al reducir la figura de Jesús a la interpretación dogmática que la Iglesia hace de la misma.

Indudablemente, Jesucristo puede quedar reducido a una idea, una moral y un sentimiento. Pero también a una interpretación religiosa y excluyente, que reduce y tergiversa su figura. Sin embargo, *cabe una aproximación más ajustada a la historia y más fiel al propio mensaje de Jesús. Toda lectura es ya una interpretación* –no puede ser de otro modo– y pensar que las interpretaciones únicamente las hacen los otros es caer en un error de bulto, que no favorece crecer en la verdad. En cualquier caso, la clave para comprender nuestras aproximaciones a la figura de Jesús pasa, de una manera radical, por el paradigma en el que cada cual nos encontramos y, más básicamente aún, por el *modelo de cognición* que utilizamos, como he expresado más arriba.

En el aspecto concreto que nos ocupa, es legítimo que el catolicismo diga remontarse a Jesús. No lo es, sin embargo, que pretenda monopolizarlo o que exija imponer la suya como la única interpretación válida de la historia del nazareno: Jesús siempre trascenderá cualquier cuerpo dogmático en torno a su figura.

Intuyo que, antes o después, las religiones están llamadas a reconocerse como “mapas” –valiosos y limitados-, que no tengan otra pretensión que la de favorecer y facilitar que las personas vivan su verdad más profunda –eso es la “dimensión espiritual”-, en un proceso en el que las mismas religiones irán desapareciendo, trascendidas en una espiritualidad abierta, inclusiva, experiencial..., es decir, radicalmente humana.

La alternativa, por tanto, pasa por abrirse a la espiritualidad que, aun valorando lo que las religiones han aportado, sin embargo las trasciende. Y mientras éstas ofrecen creencias que *parecían* prometernos seguridad, aquélla nos *ancla en la certeza* de lo que somos, llenándonos de luz y ensanchando nuestro corazón hasta poder decir –como Jesús- que *“todos somos uno”*.

Tal postura conecta mejor con la intuición y la propuesta de Jesús, con su carácter universal e inclusivo, con su sabiduría que no conoce fronteras y con su visión no-dual de lo real.

Cada día tenemos más claro que, así como *las creencias en Dios dificultan experimentarlo, la adhesión al catecismo impide el acceso abierto al evangelio*, porque éste –sin que la persona lo advierta- ha sido ya previamente filtrado por aquél.

Postdata:

Después de haber enviado este artículo a un grupo, una lectora atenta me hace llegar el siguiente texto del papa Francisco, que yo desconocía. Lo transcribo a continuación, porque éstas me parecen unas palabras realmente “inspiradas”. Dice así:

“No es necesario creer en Dios para ser una buena persona. En cierta forma, la idea tradicional de Dios no está actualizada. Uno puede ser espiritual pero no religioso. No es necesario ir a la iglesia y dar dinero. Para muchos, la naturaleza puede ser una iglesia. Algunas de las mejores personas en la historia no creían en Dios, mientras que muchos de los peores actos se hicieron en su nombre”.

(A quien desee profundizar en las cuestiones aquí apenas apuntadas, le sugiero la lectura del libro que acabo de escribir y que, en breve, publicará la editorial PPC, con el título: *“Cristianos más allá de la religión. Cristianismo y no-dualidad”*).